

Preguntas de Jesús

¿Por qué has dudado? (Mt. 14, 31)

FERNANDO MONTES, S.J.

Pedro, el primero y principal de los apóstoles sintió en su propia carne, como muchos hombres, el peso de la duda. Vehemente y apasionado, al reconocer a su maestro viniendo en las sombras de la noche, pidió marchar sobre las aguas para ir a su encuentro.

En ese entonces, la fe de Pedro era real pero incipiente. Basada en el amor a su Señor, esa fe, porque era débil, necesitaba afianzarse en el prodigio. En última instancia, más que en la palabra de Jesús, fundaba su certeza en la resistencia de las aguas.

El apóstol marchaba airoso sacudido por el viento y el oleaje. En tal barahúnda sintió miedo. La firmeza de su marcha empezó a ceder; y el agua se fue abriendo lentamente bajo sus pies. Su fe se hundió.

Ante la perspectiva del abismo, carente de todo apoyo y seguridad, Pedro tuvo que volverse definitivamente a Jesús y poner sólo en Él su confianza. Desde el fondo de su duda y su temor gritó: ¡Señor, sálvame! La duda fue el paso a la fe decisiva. La prueba lo hizo transitar de la confianza, tal vez superficial en su Maestro, a la fe más honda. Perdiendo sus seguridades, descubrió que sin Jesús él se hundía para siempre.

Dudar y hacerse preguntas que tocan las

raíces no necesariamente significa que todo se ha acabado... por el contrario es esa, a veces, la condición para volverse definitivamente a Dios. Cuando ya no hay apoyo humano, cuando todo parece terminar, el hombre puede tender las manos a su Señor y exclamar: ¡sálvame!

La duda radical puede ayudarnos a descubrir sin embustes, sin adornos, la necesidad absoluta que tenemos de Dios.

El hombre de este siglo que ha visto quebrarse buena parte de sus certezas, tiene mucho que aprender en la duda de Pedro. Él ha sentido, como el apóstol, que bajo sus pies se rompen muchas seguridades, y que surgen por eso innumerables dudas, temores y preguntas. Para muchos, sin embargo, puede ser ese el camino del reencuentro. Pedro dudó porque no había dado el paso a la entrega total... y en el momento último él comprendió que Jesús estaba a su lado dispuesto a tenderle la mano.

La verdadera fe no marcha sobre el agua... se afirma sólo en Dios. Quien duda ha de saber que en su mar no está solo. Quien ha perdido todas sus seguridades, y quien carece de puerto puede volverse en su impotencia al Señor y pedirle que lo salve. Jesús estará siempre esperándolo. "¿Hombre, por qué has dudado?"